

12 de Mayo 1950

127 Mount Auburn Street
Cambridge, Mass

Mi querido maestro:

Me escribió usted hace unos meses una carta inmerecida y penetrante, en que desarropaba un pobre aforismo mío. Ese fue mi primer abuso de confianza, puesto que un aforismo es siempre un abuso de confianza, una alusión perdida, más oblicua que expresiva (¿es acaso el silogismo. O el pensamiento excesivamente lógico y distilado, un abuso de confianza?) Y ahora vuelvo a abusar de su confianza, por el retraso con que el escribo, y por las cosas que arriesgadamente me atrevo a decirle.

El verano pasado volví a España, por la primera vez desde casi siempre, y me acordé de usted, mientras leía con creciente admiración alguna de sus cosas. Recuerdo que estuve en casa de Laín Entralgo (como persona, admirable –es de esos franquistas que admiten diálogo, es decir, no son del todo franquistas, sin saberlo ni desearlo quizás) y llevaba conmigo, con cierta alevosía, un librito de usted, España y Europa. Traté de hablarle de Laín sin el menor éxito, de su España como problema: viva antítesis, entre dos puntos de vista.

Y es curioso con qué fuerza volví a sentirme español. Alguna vez había soñado con no tener ninguna nacionalidad – sin la beatería optimista de los “federalistas”-, ¿podría uno afrontar esa posición, resultaría fértil esa actitud? Pero no. Se equivocó la paloma, se equivocaba. Ahora sé, con el mejor Unamuno (con Juan Marichal también, altavoz de mi generación, profeta de lo que él llama “españolización de España”), que a fuerza de ser uno mismo puede uno transpasar el yo, que a fuerza de ser español puede uno transpasar la peculiaridad más estrecha de ser español, así como Copérnico los pies en la tierra y midiendo desde la tierra el movimiento de los astros, demostraba que el mundo no giraba en torno a la tierra. Para ser español de este modo, Marichal y yo y todos nosotros contamos mucho con su ayuda y su inspiración.

Un día le escribió usted a mi padre una carta interesantísima, en la que planteaba el problema ontológico de Cántico. ¡Qué ampliación crítica resultaba su punto de vista! Aunque me esté mal el decirlo, muchas veces las cosas que leo sobre la poesía de mi padre me parecen sumamente superficiales: ahí tenemos, una poesía central, concentrada alrededor, de una forma de vida esencia, pero los críticos eluden, aluden y se deslizan. Yo que no tengo ni un pelo de filósofo siento la tentación o la necesidad de pensar universalmente la poesía de mi padre, partiendo de ese núcleo central, porque es profunda; ¡ay!, no por afinidad; porque su actitud es tan admirable que está más allá de mis fuerzas, de mis experiencias. ¡Abismo de las generaciones! Las novelas modernas no terminan, no concluyen nunca, porque carecen de sentido central, existen en el tiempo, contra el tiempo y sobre un fondo de tiempo, sin lograr ordenar la vida, sin curar el caos que los griegos supieron organizar sin creer en la idea de la creación divina. Sin Dios, desconfiando también de la razón y de la ciencia, el artista moderno se regodea en el caos. Pero mi padre logra justificar a la vida partiendo únicamente de ella: ¡admirable éxito!

Pero los años y las desgracias roen. Ahora prepara mi padre un segundo libro de poemas, Clamor, que llevará el subtítulo, “tiempo de historia”. Ese contraste entre “fe de vida” y “tiempo de historia” (o entre los dos versos, “el mundo está bien hecho” [es decir, el cosmos está bien hecho] y “este mundo del hombre está mal hecho”) es el

hueso en que tropiezo yo, sin saber del todo porqué. No se trató solo de la lectura de Ortega. Nosotros, luchamos, en una guerra y nos empapamos entonces del sentimiento de una solidaridad histórica, generacional, contemporáneamente humana; para siempre volvimos de la guerra con un acerbo sabor de historia en la boca. Y ahora, ¡ay!, esa solidaridad se nos escurre entre los dedos como arena; las opiniones que antes se prestaban a la acción ya no sirven, distanciados de la realidad actual, de la polaridad creciente de este mundo crepuscular entre la paz y la guerra; un sentimiento de estabilidad en la acción se mezcla con la comodidad del aislamiento. Mi profesor Matthiessen se suicidó hace poco y entre las últimas palabras que escribió había esta frase, típica del actual clima espiritual: “yo no sé que relación habrá entre el estado del mundo y mi estado de espíritu”; y yo temo que hay muchos que se complacen en esa pérdida de libertad, en que el estado del mundo determina el estado de espíritu, en que el “tiempo de historia” acabe con la “fe de vida”.

Perdone esta charla patosa. Desde hace meses tengo intención de pasar un “week-end” en Philadelphia con usted, con Clavería, pero la falta de dinero y de tiempo, todo este remolino universitario – lo que llama Dámaso Alonso “los puñeteros hijos de la mismísima ira”-, lo han impedido.

Mi padre y yo vivimos en un piso de Wallsley, demasiado grande para nosotros dos, como dos solteros. Ahí pasaremos el verano. Si acaso se acerca usted de esta región, ya sabe usted que mi padre y yo tendremos muchísimo gusto en verle.

(Recuerdos para Margarita Esteves)

Con toda admiración y cordialidad le saluda

[Signatura]